

prontitud de alguien se dice que “antes de amanecer ya está en la punta de la interminable calle”. Todo estaba en las casas de los enfermos dispuesto de buena mañana para recibirle: “el suelo barrido, las camas hechas y la del enfermo estirada”. Aquí están unos chicos que miran por la rendija de una lona; se ha levantado un circo y esos muchachos atisban a una equilibrista que camina por el alambre. No nos entretengamos; lo que vamos a decir ahora requiere urgencia. Una enorme fachada alba, nítida, nos llama. La puerta de esta casa se halla cerrada; arriba, junto al tejado se ven dos ventanitas minúsculas. Nada más en toda la fachada. Y meditamos: ¿Qué es lo que dentro de la casa corresponde a esas ventanitas? ¿Qué podrá haber en unos vastos ámbitos perpetuamente penumbrosos? ¿Para qué esas vastedades ciegas? ¿Acaso para depositar mieses, frutas? Y esto de mieses viene a cuento de lo que podemos ver en la casa de al lado. Esa casa es la de Eugenio. La casa de Eugenio es limpia, bonita. Estando Eugenio en su casa, no puede estar la puerta cerrada. Eugenio la quiere abierta para comunicar con el mundo, con las gentes. Vive solo, es decir, vivía. “Vivió siempre solo -dice el autor-, repartiendo el tiempo en meditaciones y en cavar el huerto”. El autor continúa: “Recio y fuerte, saludable, muy despejado, dado a la lectura, inalterable, tenía el aire de los filósofos estoicos, con sus pantalones de pana, de mandil, sus alpargatas grandes, la blusa azul y el gorro manchego para cubrir su brillante calva, sobresaliéndole dos mechones de canas. Sentado en un serijo junto al fuego, haciendo sogueo, mientras cocía el puchero, y repasando imaginativamente el mapa del mundo que tenía enfrente, se parecía a Diógenes en su tonel”. Al amanecer Eugenio se asoma a una ventanita para ver qué tiempo hace; pero a él no le importa el tiempo. Que haga el tiempo lo que quiera. En la siega, Eugenio siega; no trilla cuando todos trillan; guarda su mies en la cámara; queda con esto explicado el enigma de las cámaras enunciado anteriormente. Y cuando todos van a vendimiar, Eugenio saca la mies a la era. Todos dicen entonces: “Vamos a vendimiar; no lloverá; Eugenio ha sacado su mies”.

Alcázar de San Juan: remanso de paz y trabajo. Alcázar de San Juan: iniciación. El hecho más estupendo -dice el autor- ocurrido en Alcázar de San Juan ha sido este: cuando apareció el primer camión automóvil, una vecina, pasmada, gritaba: “¡Chicas, venir, venir a ver un vagón que se ha escapado de la estación!” Y era verdad: todos los días se escapan vagones de la estación. Esos vagones son un hecho innegable en la vida moderna. Esos vagones completan los sindicatos y las cooperativas.

AZORIN